

Herrera y su generación¹.

"Desde Washington": una perspectiva novecentista.

La generación del novecientos (Rodó, Vaz Ferreira, Florencio Sánchez, Julio Herrera y Reissig, Carlos Reyles, Javier de Viana, etc.) es una de las más decisorias de la historia uruguaya. Sus ideas, su sensibilidad, sus perspectivas, constituyen uno de los supuestos desde los cuales hemos vivido en esta primera mitad del siglo XX. A esa generación debe el país su renombre "cultural" americano. Es, si se quiere, una "generación clave", en el sentido que las posteriores le han sido, a través de mimesis terminológicas y no substanciales, dependientes. Quizás hoy estemos en los balbucesos, en los preámbulos de otra "generación clave", dadas las condiciones objetivas del país, en trance de variaciones esenciales. Un trance, es cierto, un tanto desviado.

Mucho se ha escrito alrededor de los "novecentistas", pero quienes han historiado la vigencia y estilo de esa generación, han cometido una sorprendente omisión (que no es seguramente la única). Incluso un ensayista tan prolijo en sus enumeraciones como Carlos Real de Azúa. Y es que una de las figuras fundamentales de esa generación es Luis Alberto de Herrera. Es posible que su larga y permanente actuación política –cabalgando sobre casi cuatro generaciones-, su condición visible de "caudillo" –que es también "doctor"- hayan sido factor de ocultamiento de una de las dimensiones esenciales de su obra. Porque Herrera, tanto como caudillo, es, clara y definidamente, un intelectual. Un intelectual soterrado por la imantación del político.

Es, sin duda, el historiador más profundo de su generación. Quien ha calado más hondo en las paradojas de la existencia del país. Una existencia tan precaria y sólida a la vez. Me atrevería a decir que es esa la razón fundamental del ocultamiento del sentido de su obra. Porque Herrera ha entendido al Uruguay, es que el Uruguay no ha entendido a Herrera. Un Uruguay pacífico, progresista, seguro, satisfecho, como es el de nuestro siglo XX, no podía tener mayor "autoconsciencia" histórica, que es fruto de momentos críticos, cruciales. El Uruguay se tiene a sí mismo como "obvio", como un hecho eterno, macizo. No se siente contingente, frágil, intrínsecamente amenazado por su constitución misma. Y, a diferencia de los demás hombres públicos de este siglo, que actuaron con los problemas del Uruguay, el secreto de Herrera es su percepción del Uruguay como problema. Desde esa diferencia radical de supuestos para la acción política es que el país, poco consciente de su ser histórico, ha quedado solo en lo anecdótico de Herrera, en sus movimientos visibles, pero se le ha escapado siempre sus razones últimas, el sentido mismo de su política. Es que estamos lejos de los momentos cruciales: La Paz de 1828, la Guerra Grande, la Triple Alianza, que no por azar son los tres temas de Herrera.

Pero ahora mi intención no es evidenciar el sentido de la política de Herrera. La tarea propuesta es más limitada. Me interesa precisar la significación y la perspectiva nacional que implica la correspondencia de Herrera "desde Washington", escrita en la apertura del siglo, situación eje de la vida del país en estos cincuenta años.

La circunstancia y el hombre.

Esta correspondencia fue publicada apenas pasado un lustro de la revolución de 1897. Revolución que señala la nueva irrupción de las masas, del pueblo, en la historia del país. Desde

¹ El Debate, 22 de julio de 1957. La segunda parte se publicó al día siguiente pero no está disponible en el Archivo.

Timoteo Aparicio –no por accidente "caudillo mudo" para la historia- las masas habían sido espectadoras pasivas y silenciosas, de los conflictos políticos. A partir de la dictadura de Latorre –y hasta quizás la guerra civil del 65- se había producido un retraimiento, un ausentismo de las multitudes en la vida pública nacional. Solo estallidos parciales, esporádicos, locales.

De ahí que fuera una sorpresa el movimiento espontáneo de Aparicio Saravia contra la oligarquía mercantil y el "civilismo de cintillo" de Idiarte Borda y Julio Herrera y Obes. Un coletazo tardío y oportuno de la crisis financiera del 90 que conmovió el río de la Plata. Nadie previó la posibilidad de un movimiento tan vasto. Ni el mismo Director del Partido Nacional, vacilante, irritado, desbordado por los acontecimientos al principio. Por cierto, fue más que el prólogo de un drama sociológicamente más profundo, la revolución triunfante del 97 no la última revolución de 1904. Florencio Sánchez fue el primero en sentirlo en sus célebres "Cartas a un flojo".

El bajo régimen de transición y concordia de Cuestas, apoyado por los nacionalistas y los colorados populares de Batlle, que Herrera –en el umbral de los 30 años- parte para Estados Unidos como Encargado de Negocios.

La ocasión de esta correspondencia fue un ofrecimiento de Domingo Arena para que relatara sus impresiones publicándolas en el diario "El Día", entonces de gran difusión y arraigo. Nada extraño tenía esta invitación, pues se vivía un momento de pacificación y optimista solidaridad. No se sabía que era una calma preñada de tormenta.

Herrera había participado activamente en los sucesos del 97. Había sido uno de los célebres "22 de Lamas". El movimiento había tenido las consignas de la libertad electoral, la pureza administrativa y la democratización del Estado. Fue el principio de la caída de la Constitución censitaria, propietarista y oligárquica de 1830. Pero a la vez, al amparo de las consignas de la burguesía progresista, era el primer reflejo profundo de las convulsiones de un mundo rural en trance de desaparecer. De estertores que no tuvieron formulación precisa, pero que significaba el fin de los modos pre-capitalistas de sociabilidad paisana. En ese momento contradictorio comenzaba la acción de Luis Alberto de Herrera. Al filo de dos mundos. Entonces, su percepción fue ante todo la del primer aspecto de la situación. El rostro "civil" del proceso. En su primer libro "Por la Patria", que es la crónica y la interpretación del 97, establece una sintomática correspondencia y analogía con la revolución argentina radical del 90, la "revolución del Parque".

continuará mañana...